

# CUADERNOS DE HISTORIA 39

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2013: 7 - 32

---



## HABLANDO CON SU EXCELENCIA: DIÁLOGOS DE IMPUGNACIÓN POLÍTICA EN LA *LIRA POPULAR*

*Tomás Cornejo C.\**

Señor usted prometió  
Proteger al proletario,  
I aumentarle su salario  
Lo que no lo he visto yo  
Desde que al poder subió  
Del pobre no se acordó  
Es usted mal magistrado  
Le pruebo con pecho ancho  
De que goza como un chancho  
A costilla del estado.

Sin autor, *Contrapunto entre un trabajador de las salitreras del norte y D. Jerman Riesco.*

Esto que vamos a hablar  
Discúlpenos señor Montt  
A usted como presidente  
Damos quejas con razón.

Sin autor, *Quejas de los obreros.*

\* Doctor en Historia, Investigador Escuela de Historia, Facultad de Ciencias Sociales e Historia, Universidad Diego Portales, Santiago de Chile. Correo electrónico: tomas.cornejo@udp.cl.

RESUMEN: La *Lira Popular* desarrolló a fines del siglo XIX y comienzos del XX una forma particular de poesía política, los contrapuntos. Estos fueron un vehículo para generar una posición discursiva y afirmar el derecho de los sectores populares a la palabra en el espacio público. El carácter dialogante de estas composiciones enfrentó simbólicamente a las clases subordinadas chilenas con los mandatarios del período y su análisis permite conocer el modo en que aquellas concebían la actividad política, el orden social y la autoridad, así como la lógica que llevó a criticarlas e impugnarlas.

PALABRAS CLAVE: Lira Popular, política, contrapuntos, cultura popular urbana, literatura de cordel.

*TALKING TO HIS EXCELLENCY: CONTENTIOUS POLITICAL  
DIALOGUES AT THE LIRA POPULAR*

*ABSTRACT: The Lira Popular developed in the late 19th and early 20th centuries a particular form of political poetry, known as counterpoints. These were a vehicle for generating a discursive position and affirming the popular sectors rights to have a word in the public sphere. The conversational nature of these compositions symbolically faced Chilean subordinate classes with presidents of the period, and its analysis allows us to know how they conceived political activity, social order and authority, as well as the logic that led to criticize and challenge them.*

*KEY WORDS: Lira Popular, politics, counterpoints, urban popular culture, broadside literature, International Labour Office, International Red Union, Latin American Labor Congress.*

Recibido: noviembre 2012

Aceptado: octubre 2013

## *Introducción*

La política fue un tema recurrente dentro del amplio y variado conjunto de pliegos sueltos de poesía impresa que se conoce como Lira Popular. Esto llamó la atención de los primeros contemporáneos que, durante el último tercio del siglo XIX, atisbaron tal manifestación de la cultura popular urbana que multiplicó su presencia en las principales ciudades chilenas<sup>1</sup>. Zorobabel Rodríguez

<sup>1</sup> Lenz, Rodolfo, *Sobre la poesía popular impresa de Santiago de Chile. Contribución al Folklore Chileno* [1895], Santiago, Centro Cultural de España – Biblioteca Nacional de Chile, 2003, p. 62. Para otras latitudes, véase Elkins, Charles, “The Voice of the Poor: The Broadside

dio cuenta de la posición política de Bernardino Guajardo, considerado por las siguientes generaciones el más alto exponente de todos los poetas de la Lira Popular, explicando su apoyo a la causa conservadora en razón del acendrado sentimiento religioso del vate<sup>2</sup>. Aunque, asimismo, Rodríguez informó sobre la aceptación condicionada de las candidaturas presidenciales liberales de Errázuriz y Balmaceda que aquél expresó, en virtud del apoyo mayoritario que ellas lograron en el pueblo capitalino. Guajardo se sintió obligado a refrendar ese apoyo en la medida en que su oficio se nutría de la amplificación de la opinión plebeya<sup>3</sup>.

Según Antonio Acevedo Hernández, el desenvolvimiento de la poesía popular llevó a que su “sentido bucólico” original fuese “borrándose poco a poco”, provocado por “el sentimiento íntimo nacido de la observación de las distintas clases sociales”<sup>4</sup>. Los versos, ubicuos en el panorama urbano hacia 1900, orientaron a los integrantes de las clases populares recientemente arribadas a la ciudad sobre el ordenamiento político y social. Premunidos de ese razonar poético, comenzó un cuestionamiento y “el peón se elevó algo más para mirar a su *natural señor* en su pedestal, y rechazó —en su fuero interno— su preponderancia sin trabas. Vióse esclavo de un feudalismo que siempre le había parecido natural, y lo rechazó de plano”<sup>5</sup>. Para Acevedo Hernández, sin embargo, esta transformación significó una “protesta [que] no pasó de la ironía picante”<sup>6</sup>.

Años después, Juan Uribe Echevarría destacó que en innumerables versos, “junto a los comentarios políticos, sociales y electorales de la prensa seria del [siglo XIX], se produjo, como reflejo y contrapunto de ella, una interpretación popular de los hechos más salientes”<sup>7</sup>. Uribe Echevarría presentó las cambiantes actitudes de los más conocidos exponentes de la Lira Popular tanto hacia el

---

as a Medium of Popular Culture and Dissent in Victorian England”, *Journal of Popular Culture*, Bowling Green, Ohio, n° 14: 2, 1980, pp. 262-274; Joyce, Patrick, *Visions of the People. Industrial England and the question of class, 1848-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 230-255; Carvalho-Neto, Paulo de, *El folklore de las luchas sociales. Un ensayo de folklore y marxismo*, México D. F., Siglo XXI, 1973; Moura, Clóvis, *O preconceito de corna literatura de cordel (Tentativa de Análise Sociológica)*, Sao Paulo, Editora Resenha Universitária, 1976.

<sup>2</sup> Rodríguez, Zorobabel, “Dos poetas de poncho: Bernardino [Guajardo] i Juan Morales”, *La Estrella de Chile*, Santiago, n° 304, 1873, pp. 823 y 839.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 840.

<sup>4</sup> Acevedo Hernández, Antonio, *Los cantores populares chilenos*, Santiago, Ed. Nascimento, 1933, p. 56.

<sup>5</sup> *Ídem*. Destacado del autor.

<sup>6</sup> *Ídem*.

<sup>7</sup> Uribe Echevarría, Juan, “La glosa política en la poesía popular del siglo XIX”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 87, Santiago, 1973, p. 144.

acto electoral como hacia los candidatos presidenciales y los mandatarios electos. “Nuestros poetas del pueblo pudieron expresar con plena libertad y a veces acremente, con pasión, el sentir de las clases desvalidas, sus entusiasmos, desengaños y vacilaciones ante la evolución política y social”<sup>8</sup>, indicó, resaltando la descripción sombría de las votaciones –por la intervención gubernamental, el cohecho y los “choclones electorales”– efectuada en los pliegos de poesía<sup>9</sup>.

Por su parte, Jorge Núñez señaló que los cantores populares rimaron “el doloroso ‘presente’ y la generosa rebeldía de los oprimidos”<sup>10</sup>. Según este autor, la adscripción de ciertos *puetas* al Partido Democrático u otras colectividades, “clarificó sus ideas –anárquicas o sentimentales, a veces–” y habría cimentado en ellos “una percepción más combativa que, obviamente, se trasladó a sus décimas”<sup>11</sup>. Es decir, la formulación de un pensamiento político se habría dado solo como concesión de la institucionalidad liberal hacia algunos elementos de las clases populares, cuestión a todas luces rebatible.

Con mejores bases documentales, Micaela Navarrete publicó años antes su estudio *Balmaceda en la poesía popular*. En él demostró que la relación de los sectores subordinados chilenos con la política fue compleja. Durante una coyuntura del alcance de la Guerra Civil de 1891, los pliegos de poesía establecieron “a través de un lenguaje muy criollo una genuina conciencia popular que interpreta fielmente los intereses y preocupaciones de los trabajadores, sobre todo urbanos, de Valparaíso, Concepción y, especialmente, de Santiago”<sup>12</sup>. Lejos de engarzar con la lectura del conflicto hecha por las clases dirigentes, los *puetas* manifestaron “una explícita o implícita distancia con respecto a ellas”<sup>13</sup>. La autora reconoce la importancia del Partido Democrático y la simpatía expresada hacia éste por algunos vates, pero argumenta que se creó una “conciencia política popular” cimentada en “dos niveles más profundos. Ellos son: el nivel de la *conciencia ética* y el nivel de la *conciencia religiosa*”<sup>14</sup>. Ambas anidan en formaciones culturales de largo plazo y son creaciones de un

<sup>8</sup> Ídem.

<sup>9</sup> Uribe Echevarría, Juan, “El poeta popular Bernardino Guajardo y las luchas electorales a fines del siglo XIX”, Neville Blanc (ed.), *Homenaje al profesor Guillermo Feliú Cruz*, Santiago, Ed. Andrés Bello, 1974, pp. 965-971.

<sup>10</sup> Núñez, Jorge, “Versos por rebeldía: La protesta social en la poesía popular (siglos XIX y XX)”, *Mapocho*, Santiago, n° 43, 1998, p. 126.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 143.

<sup>12</sup> Navarrete, Micaela, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1993, p. 20.

<sup>13</sup> Ídem.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 111.

determinado sector social, factibles de ser transmitidas y recreadas en el tiempo, adaptándose a las circunstancias cambiantes del devenir.

Este énfasis cultural lleva a entender que “el lenguaje político del pueblo puede ser el mismo que el de las elites oligárquicas liberales, pero el sentido popular de ese lenguaje, evidentemente, no es el de esas elites”<sup>15</sup>. En efecto, el contexto en el cual se creó ese lenguaje fue el tamiz de la experiencia de hombres y mujeres de las clases trabajadoras, enfrentados a una economía en proceso de transformación productiva, y compelidos a participar en un ordenamiento social y político creado por una institucionalidad ajena<sup>16</sup>.

Atendiendo al gran caudal de versos políticos y sobre la política que pueden identificarse en las colecciones de pliegos conservados, quisiera llamar la atención sobre un tipo particular de textos, los diálogos y contrapuntos políticos. Compuestos por prácticamente todos los exponentes del oficio poético, diálogos y contrapuntos engloban todos los temas antes reseñados por los autores hasta aquí analizados, imprimiéndoles una modulación particular.

Este tipo de textos forma un nudo discursivo que transita entre la llamada de atención y el franco cuestionamiento del orden hegemónico, cumpliendo determinadas funciones comunicativas. En primer término, si la coyuntura así lo ameritaba, expresaban sin desparpajo alguno el enojo de las clases populares con el sistema político y su personero más eminente, conformando, más que una práctica “infrapolítica”, un momento cercano a una “saturnal del poder”<sup>17</sup>. Ésta no fue momentánea y se reiteró con asiduidad desde la última década del siglo XIX. Los *puetas* se convirtieron en voceros de un malestar compartido, llevándolo al espacio público. Las invectivas se dirigieron preferentemente contra el primer mandatario, con nombre y apellido –a veces se incluía su retrato–, constituyendo un mensaje directo, sin ambages. Los autores de los versos acostumbraban, además, firmar cada pliego con sus nombres. Es decir, no había una búsqueda de anonimato ni la intención de soterrar el mensaje o su emisor.

Esto se explica en parte por el clima de contienda posterior a la década de 1860. El florecimiento de la prensa de distintos colores políticos, así como la dictación, en 1872, de una subsecuente ley de imprenta que desterraba la

<sup>15</sup> Ídem.

<sup>16</sup> Una forma relevante en que esta se materializó fue la administración de justicia. Al respecto, Palma, Daniel, “La ley pareja no es dura’. Representaciones de la criminalidad y la justicia en la lira popular chilena”, *Historia*, vol. 39, n° 1, Santiago, 2006, pp. 177-229.

<sup>17</sup> Scott, James C., *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México, Era, 2000, pp. 239ss.

censura, formaron parte de dicho clima<sup>18</sup>. Sin embargo, hay otro factor tanto más fundamental. Los poetas e impresores populares sabían a ciencia cierta que sus hojas de poesía no iban a ser leídas por el Presidente de la República. Ni aun, se puede agregar, por miembro alguno de la elite. Los receptores de la Lira Popular eran fundamentalmente las propias clases subordinadas, hombres y mujeres con empleos precarios o estacionales, que habitaban en las ciudades y sus arrabales, o en regiones mineras.

Eran ellos los receptores reales de los pliegos, por mucho que el destinatario figurado fuese el primer mandatario. Los *puetas* componían *por y para* las clases trabajadoras, dando forma poética a su enojo (tal como en otros versos cantaban sus alegrías), al tiempo que reforzando los principios éticos en que éste se fundaba. Al ser dichos principios compartidos por los usuarios de la Lira, los requerimientos al presidente expresaban sus propias palabras. En consecuencia, es posible encontrar en las hojas de poesía los elementos principales de una “economía moral” de los grupos populares chilenos, anclados en nociones generales de lo justo y lo injusto, de la propia valía social de los pobres, así como de sus derechos políticos, todo lo cual llevaba a dar legitimidad —o a socavarla— al gobernante de turno<sup>19</sup>. Los versos dialogantes impresos en las hojas sueltas de poesía permiten acercarnos, así, a una concepción general sobre la política y la conformación del poder creada y compartida por los más pobres del país, una herramienta para impugnar con sus poéticas razones a un presidente lejano fuera de los pliegos.

### *Los contrapuntos: reivindicación del derecho a la palabra.*

De acuerdo a un observador contemporáneo, los pliegos sueltos de poesía eran “un artículo que en la capital de Chile como en todas partes es de primera necesidad”<sup>20</sup>. El público que adquiría uno, o que se arremolinaba en torno de alguno de los *puetas* que cantaba sus versos en las calles, estaba compuesto por “la cocinera i el peón, i la verdulera i el cargador”<sup>21</sup>. Este conjunto social compartía las mismas características laborales y el trasfondo cultural de la mayoría

<sup>18</sup> Santa Cruz, Eduardo, *Análisis histórico del periodismo chileno*, Santiago, Nuestra América Ediciones, 1988, p. 29.

<sup>19</sup> Thompson, Edward Palmer, “La economía ‘moral’ de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII” [1971], *Edward Palmer Thompson. Obra esencial*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 363-433.

<sup>20</sup> Rodríguez, 1873, op. cit., p. 763.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 858.

de las clases trabajadoras que habitaban las ciudades del país<sup>22</sup>, recientemente inmigradas y asentadas en los arrabales urbanos, con escasa especialización en cuanto a oficio –y consecuentemente, bajas remuneraciones– y provistas de herramientas culturales que no incluían la lectoescritura<sup>23</sup>.

En la década de 1880, indicó un conocedor del medio, los campesinos que recalaban en la capital, “una de las diligencias más gratas que desempeñan después de vendido el fruto de sus tierras es el procurarse las poesías que les han de entretener en las duras faenas, como en las largas noches de invierno”<sup>24</sup>. Los *puetas* compartían las mismas coordenadas socioculturales que su público<sup>25</sup>. Un buen ejemplo de sus trayectorias es Nicasio García, nacido en Rengo en 1829 y quien vivió con sus padres hasta los veinte años, colaborando en las faenas del campo<sup>26</sup>. Al cumplir los veintiuno se enganchó como peón carrilano para la construcción de la línea de Copiapó a Caldera. Luego continuó en el Norte Chico desempeñándose en la minería (fue apir y barretero). Más tarde volvió a trabajar como carrilano, en la línea hacia Valparaíso e incluso en Arequipa.

<sup>22</sup> Romero, Luis Alberto, *¿Qué hacer con los pobres? Elites y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*, 2ª ed., Santiago, Ariadna ediciones, 2007, pp. 107-157. Desde un enfoque de género, véase Brito, Alejandra, “Del rancho al conventillo: transformaciones en la identidad popular femenina, Santiago de Chile, 1850-1920”; Lorena Godoy (ed.), *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX*, Santiago, Sur-Cedem, 1995, pp. 27-69.

<sup>23</sup> En 1885 el Departamento de Santiago tenía una tasa de alfabetización de 43%, que aumentó al 57,4% en 1907. Oficina Central de Estadística, *Sétimo Censo Jeneral de la Población de Chile levantado el 28 de noviembre de 1895*, Tomo II, Santiago, Imprenta del Universo, 1902, p. 187 y *Censo de la República de Chile: levantado el 28 de noviembre de 1907*, Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1908, p. 470.

<sup>24</sup> Atria, Jorge Octavio [*Manuscritos sobre poetas populares*, 1899], Manuel Dannemann, *Poetas populares en la sociedad chilena del siglo XIX. Estudio filológico*, Santiago, Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile, 2004, p. 81.

<sup>25</sup> La información biográfica sobre los vates populares, siempre fragmentaria y escasa, puede consultarse en Acevedo Hernández, 1933, op. cit.; Uribe Echevarría, *Flor de canto a lo humano*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974, pp. 28-39; Navarrete, Micaela, “Introducción”, *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, Santiago, Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares – Biblioteca Nacional, 1998, pp. 17-26; Cornejo, Tomás, “Juan Bautista Peralta: cantor, poeta, periodista popular”, Navarrete, Micaela y Tomás Cornejo (comps.), *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, Santiago, Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Fondart, 2006, pp. 23-34; Palma, Daniel, “¡Crucen chueca que aquí hay peón! Daniel Meneses, el poeta nortino”, Navarrete, Micaela y Daniel Palma (comps.), *Los diablos son los mortales. La obra del poeta popular Daniel Meneses*, Santiago, Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana – Fondart, 2008, pp. 51-71.

<sup>26</sup> Atria, 1899, op. cit., pp. 65-67.

De vuelta en Chile, en 1870 y ya con cuarenta años, “vino a hacer de la poesía su único medio de subsistencia”<sup>27</sup>.

La apropiación de los versos, en tanto, era a menudo un acto colectivo<sup>28</sup>, favorecido por la lectura en voz alta de quienes no dominaban a cabalidad esta competencia, o bien por la entonación de las composiciones en sitios de sociabilidad festiva. La ubicuidad de las hojas o pliegos de poesía en la geografía citadina (en tirajes que podían llegar de 300 a 5.000 ejemplares), su bajo costo (entre 2 y 10 centavos), además de factores como la musicalidad de los versos y la factura gráfica –mezcla de tipografía con títulos grandes e imágenes llamativas–, facilitaron el reconocimiento de este producto impreso con el bagaje cultural de las clases trabajadoras. Su carácter aglutinador de variados estratos de la tradición oral, unido a elementos novedosos propios de la modernización del campo comunicacional de fines del siglo XIX, colaboró a reconfigurar la identidad de los sectores populares de origen rural, entregándoles referentes para su nuevo habitar urbano<sup>29</sup>.

En el conjunto del material conservado se advierte que era usual incluir en una misma hoja composiciones de distintos asuntos, sin relación necesaria unas con otras, dado que el acto de *sacar versos* estuvo motivado por los “hechos de sensación”<sup>30</sup>. La política proveyó numerosas oportunidades, en particular con las elecciones<sup>31</sup>. Entonces, las décimas narraban el acto electoral, presentaban candidatos y programas al público, añadiendo un comentario particular de apego o rechazo por las opciones en disputa<sup>32</sup>. En ocasiones, las décimas tomaban la forma de un ataque directo a los mismos detentadores del poder: “Con valor combatiremos/ A todos esos bribones/ Contravandistas ladrones/ Hasta arrojarlos por tierra/ I para hacer ésta guerra/ Arriba los corazones.// Oidme

<sup>27</sup> Ibídem, p. 66.

<sup>28</sup> Balmaceda Toro, Pedro, “Guajardo”, *Estudios i ensayos literarios*, Santiago, Imp. Cervantes, 1889, p. 244.

<sup>29</sup> Orellana, Marcela, *Lira popular. Pueblo, poesía y ciudad en Chile (1860-1976)*, Santiago, Editorial Universidad de Santiago, 2005, pp. 41-60.

<sup>30</sup> Lenz, 2003, op. cit.

<sup>31</sup> Uribe Echevarría, 1973, op. cit.

<sup>32</sup> Cf., entre muchos otros, Meneses, Daniel, *La esperanza de los dos candidatos don Vicente Reyes y don Federico Errázuriz* [1896], Colección Raúl Amunátegui, Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile (en adelante, Col. Am.), I, 30, y *Guerra a muerte por la silla presidencial vivan los dos candidatos don Vicente Reyes i don Federico Errázuriz* [1896], Col. Am., I, 31; Peralta, Juan Bautista, *Acalorada polémica entre los candidatos Montt i Riesco* [1901], Colección Alamiro de Ávila, Biblioteca Nacional (en adelante, Col. A. A.), 156; El Loro [seud.], *Las votaciones. Triunfo del Partido Liberal*, Colección Rodolfo Lenz, Biblioteca Nacional (en adelante, Col. Lenz), 1, 21.



nobles obreros/ Los candidatos del día/ Son pues de la burguesía/ Traficantes usureros./ Verdugos i carniceros/ Sableadores i malvados”<sup>33</sup>.

Entre esta variada producción textual referida a los asuntos políticos, hay una particularmente interesante, la de los contrapuntos. Corresponde a una forma poética tradicional, rastreable hasta la poesía ibérica tardomedieval. En tierras latinoamericanas su antecedente más directo es el desafío oral de los cantores campesinos, que en el cono sur toma –hasta el presente– el nombre de paya<sup>34</sup>. En el tránsito efectuado desde la oralidad hasta la impresión de la poesía se conservaron muchos elementos. Uno fue el deseo de mantener este tipo de justas que los *puetas* realizaron a través de sus pliegos, desafiando a sus colegas con los mismos propósitos que antes lo hacían los cantores<sup>35</sup>. Otra opción fue recoger la lógica del contrapunto poniendo a dos personajes –reales o figurados– a dialogar en verso. Se escenificaron así múltiples “intercambios de razones”, en tono serio o bien en tono jocoso, involucrando a un sinnúmero de personajes. Pueden citarse, entre otros, el *Contrapunto de un futre con un huaso*<sup>36</sup>, el *Contrapunto de un yanke [sic] con un chileno*<sup>37</sup>, el *Contrapunto de un carpintero i un albañil*<sup>38</sup>, y el *Contrapunto entre la madre i el hijo*<sup>39</sup>.

La variedad fue muy grande y la plasticidad de esta forma literaria canónica permitió poner en contacto incluso al diablo y a Dios, tal como, en el mundo humano, a extremos sociales opuestos, como un *roto* o un huaso y el Presidente de la República<sup>40</sup>. Me interesa destacar el elemento básico de este tipo de composiciones, la situación dialógica. Ésta se concretó en un intercambio verbal donde intervinieron personajes reales, imaginarios, o prototípicos. Los reales fueron recurrentemente los propios poetas, por una parte, y el mandatario de turno, por la otra. Ambos eran personas individuales, reconocibles por sus nombres e identidades sociales particulares. Tal cosa sucede en una carta “enviada” por uno de los *populares* a Jorge Montt:

<sup>33</sup> Peralta, Juan Bautista, *La cuestión presidencial i el pueblo* [1906], Col. Lenz 4, 35.

<sup>34</sup> Lizana, Desiderio, *Cómo se canta la poesía popular*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1912.

<sup>35</sup> Acevedo Hernández, 1933, op. cit., p. 47.

<sup>36</sup> Meneses, Daniel, Col. Am., I, 93.

<sup>37</sup> Reyes, Adolfo, Col. Am., I, 181.

<sup>38</sup> Cordero, José Hipólito, Col. Am., II, 354.

<sup>39</sup> Araneda, Rosa, Col. Lenz, 5, 36.

<sup>40</sup> Una interesante variación formal fue la que creó Daniel Meneses, quien además de innumerables contrapuntos en verso, escribió algunos diálogos en prosa, entre otros, *Diálogo entre don Jermán Riesco i el rotito del norte tocante a los dueños de salitreras de Tarapacá*, Col. A. A., 42 y *Diálogo entre un obrero con el presidente don Jermán Riesco*, Col. A. A., 82.

Hoi, por ser el presidente  
 Apreciable Jorjecito,  
 Como persona decente  
 Estos versos te remito.

Despues de darte la mano  
 Atropellando mi orgullo,  
 Y esto, Jorje, no es barullo  
 Del futre jovial y llano:  
 Como poeta me iré al grano  
 Por medio de la presente,  
 Ya que estás de Chile al frente  
 Como sentado en el banco  
 Te pido que seas franco  
 Hoi, por ser el presidente [...] <sup>41</sup>.

Por su parte, los personajes imaginarios que intervienen en los contrapuntos políticos engloban en una figura única a un agregado social mayor. El “huaso” o el “roto” son la encarnación del pueblo chileno; el “obrero” y el “campesino”, de partes diferenciadas de las clases trabajadoras, que tienen su contraparte en el “rico millonario”, “el banquero” y “el futre”. Todas son identidades sociales a las cuales los *puetas* atribuían ciertos valores y características, generalmente en pugna con las representaciones que el discurso cultural ilustrado construía sobre esos mismos “tipos populares”<sup>42</sup>.

El contrapunto político de la Lira Popular puso en escena un diálogo donde los *puetas* o, alternativamente, un *roto*, un obrero o un huaso, se convertían en voceros de los intereses de los grupos subordinados. Sin amilanarse, mostrando respeto mas no sumisión alguna, los pliegos de cordel relatan cómo ellos van a golpear las puertas del palacio o el despacho presidencial. En ese encuentro imaginario, planteaban quejas y exigencias a los mandatarios. Muy rara vez, los poetas también los felicitaron, cuando recién habían sido electos, expresándoles las esperanzas depositadas en ellos. En ocasiones, en cambio, llegaron a amenazarlos velada o directamente<sup>43</sup>.

<sup>41</sup> El futre de las tres ZZZ [seud.], Col. Am., III, 627.

<sup>42</sup> Hayden, Consuelo, “Gran contrapunto. Crítica social y patriotismo en la poesía popular chilena (1880-1920)”, *Revista Chilena de Literatura. Sección miscelánea*, Santiago, 2011, pp. 1-26; Tala, Pamela, “La ambivalente representación del *roto* en la poesía popular chilena”, *Estudios Filológicos*, n° 48, Valdivia, 2011, pp. 119-132.

<sup>43</sup> “Eñor Severico Irraso./ Le prometo en buen arreglo/ Que si no proteje al pueblo/ Voi a pegarle un chopaso./ Si en hablarle me propaso/ Es que me tiene cansado [...]//Eñor, no me esté

Me parece que aquí hay un elemento importante a tener en cuenta. El contenido de las “razones” que las voces populares despliegan es bastante complejo, y las páginas que siguen intentan comprenderlo. Antes, quiero remarcar un hecho que subyace a estos diálogos en verso y que revela su importancia histórica. La sola existencia de estas manifestaciones poéticas es decidora de una fuerte reivindicación del derecho a la palabra por parte de los grupos subordinados chilenos. En primer término, porque ponen en contacto, equiparándolas, las voces del poder con aquellas de los sin poder. En términos simbólicos y valiéndose de una práctica literaria arraigada, los *populares* crearon un ámbito para el reconocimiento pleno del derecho a expresarse y ser atendidos por la autoridad. Fue un mecanismo sumamente creativo para hacerse parte de un espacio público que de otra forma excluía a hombres y mujeres del pueblo.

James C. Scott ha planteado que enfocarse en la cultura permite entender no solo los episodios en que las clases populares se manifiestan violentamente, sino también sus luchas veladas frente a los sectores dominantes<sup>44</sup>. El sentimiento de agravio o injusticia que aquellas sienten producto de la dominación no siempre desemboca en actos de retaliación contra sujetos particulares, quienes detentan la autoridad, o sus símbolos. Hay una escala de pequeñas luchas de resistencia, de estrategias verbales y gestuales para manifestar descontento y desaprobación. Todo ello conforma un sistema codificado de expresiones que median las relaciones entre elites y grupos subordinados. Es una “concepción dinámica del poder”<sup>45</sup>, que supone dos nociones que permiten entender el comportamiento cotidiano tanto de unos, como de los otros: discurso público y discurso oculto.

En el caso de la Lira Popular y las clases populares urbanas de fines del siglo XIX pareciera que nos encontramos con una situación singular de hibridación entre ambos tipos de discurso, primando el público. Porque lejos del temor o el disimulo, las voces poéticas son explícitas y altisonantes. Aunque sus emisores tenían la plena certeza de que no llegarían a su destinatario figurado, sino que tendrían un receptor socialmente próximo<sup>46</sup>.

---

insultando/ Que no le hago ni una cosa,/ Ni me hable con tanta prosa/ Porque le salgo pegando”. Meneses, Daniel, *Contrapunto político entre un huaso i don Federico Errazuriz* [1897], Col. Am., I, 34.

<sup>44</sup> Scott, 2000, op. cit. pp. 217ss.

<sup>45</sup> *Ibidem* p. 32.

<sup>46</sup> En otro contexto, las estrategias retóricas de indígenas y campesinos mexicanos frente a la autoridad han sido analizadas por Falcón, Romana, “El arte de la petición: rituales de obediencia y negociación, México, segunda mitad del siglo XIX”, *Hispanic American Historical Review*, n° 86: 3, Durham, 2006, pp. 467-500.

Se debe atender, en consecuencia, tanto o más al aspecto comunicativo de esta manifestación cultural, que al contenido de los textos. Es una dimensión de la Lira Popular que requiere enfatizar en el formato y la materialidad, el soporte mismo de décimas y contrapuntos que creó una posición enunciativa para un sector de la sociedad. Los pliegos de poesía generaron, en efecto, un espacio característico en el debate público para el sentir de los más pobres, sabedores de que no eran bien recibidos por quienes intentaban monopolizar el discurso. Esa posición excluyente fue encarnada por un congresista de la época, defensor de los fueros de la elite: “El pueblo con su insolencia,/ Sigue en las marchas airosas/ Reclamando tantas cosas,/ Nos sacaron de paciencia./ Castígalo Providencia,/ Porque es un ignorante,/ Se cree salir triunfante./ Digo, al dar vuelta la rueda,/ Del que manda en la Moneda/ Yo soi el representante”<sup>47</sup>.

En la misma vena se expresó en otra ocasión “el rico”: “El pobre no tiene voto/ I es lo mismo que los bueyes,/ Nosotros somos los reyes/ Que dominamos al roto;/ Forma un gran alboroto/ Por todito Chile entero,/ Habla como pregonero/ Pero sin tener razón”<sup>48</sup>. La amenaza de la fuerza era una herramienta esgrimida por el propio presidente para rebajar y acallar a sus detractores plebeyos: “Cállate roto insolente/ No seas irracional/ Te hallo mui poco moral/ Para hablar con la jente/ Si sigues impertinente/ Voi a hacerte tomar preso /.../ A mi nadie me remese/ Porque me hallo en el poder /.../ Si prosigues alegando/ Te vas a fregar por leso”<sup>49</sup>. La falta de razón de los sectores populares, o sea, estar desprovistos de las competencias necesarias para entender y expresarse públicamente sobre la política, fue aquello que las hojas de poesía cuestionaron con su sola presencia en las calles<sup>50</sup>. A la par, afirmaron de manera explícita el derecho de los excluidos del espacio público a participar de éste, volviéndolo más complejo y competitivo que en la década de 1860<sup>51</sup>.

<sup>47</sup> Araneda, Rosa, *Contrapunto del pueblo con los diputados*, Col. Am., II, 294.

<sup>48</sup> Meneses, Daniel, *Contrapunto entre un obrero pobre i un rico millonario* [1895], Col. Lenz, 7, 21.

<sup>49</sup> Sin autor, *Contrapunto entre un trabajador de las salitreras del norte y D. Jerman Riesco*”, Col. A. A., 350.

<sup>50</sup> Una voz femenina y pobre era objeto de un desprecio incluso mayor: “Si con mi pluma los toco/ Tal vez se me enojarán:/ Con el malvado refrán/ Me han de decir sin demora:/ No seas tan habladora,/ Ellos me contestarán”. Araneda, Rosa, *La esperanza del pobre mantiene, pero no engorda*, Col. Am. II, 326.

<sup>51</sup> Véase Sagredo, Rafael, “Opinión pública y prácticas políticas en Chile: 1861-1891”, A. A. V. V., *Lo público y lo privado en la historia americana*, Santiago, Fundación Mario Góngora, 2000, pp. 243-270.

Esto se vincula con la reconfiguración cultural de la que fue artífice este conjunto discursivo. Porque si bien recogió elementos de la cultura oral, también se afirmó en las nuevas posibilidades que brindó la imprenta. Las hojas de poesía fueron un objeto gráfico que compitió con otros formatos impresos en los inicios de la conformación de un mercado de rasgos modernos<sup>52</sup>. Dirigida a un segmento social amplio de las clases trabajadoras, la Lira Popular fue asimismo un nicho de opinión, una voz alternativa a aquellas de la prensa noticiosa “burguesa”, pero también distinta y no siempre concordante con la prensa obrera<sup>53</sup>. De tal manera, fue el vehículo perfecto para la concreción de aquel derecho a la palabra en el espacio público<sup>54</sup>. La certeza de poder opinar sobre política ya la tenía el celebrado Bernardino Guajardo: “Prestadme vuestra atención,/ I oid, soberano pueblo/ Lo que en las cámaras pasa,/ En el Congreso chileno:/ Por lo que dicen los diarios/ Ya lo sabrá todo el reino./ En la misma forma yo/ Daré un detalle lijero”<sup>55</sup>.

Pudiera argumentarse que, por ser diálogos ficticios, lo recién apuntado mermaría el contenido cuestionador de los versos. No me parece tal. Los *puetas* y sus contemporáneos no confundían realidad y fantasía. Eran conscientes de los medios a su alcance para hacerse oír por los gobernantes. Desde fines de la década de 1880, miembros de las clases trabajadoras organizaron cada vez más mítines para protestar por determinados problemas (los que, significativamente, concluían con la entrega de una carta a la máxima autoridad política de la ciudad o incluso al presidente)<sup>56</sup>. Por esos mismos años, protagonizaron también las primeras muestras de acción directa, quemando varios carros del transporte

<sup>52</sup> Sobre este problema, ver: Orellana, 2005, op. cit. pp. 63-82. También Subercaseaux, Bernardo, *Fin de siglo. La época de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile*, Santiago, Ed. Aconcagua, 1988.

<sup>53</sup> Illanes, María Angélica, “Introducción. El poemario”, Sergio González Miranda et al. (comps.), *Poemario popular de Tarapacá*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1998, p. 15. “Un estudio general sobre los periódicos de trabajadores”. En Arias Escobedo, Osvaldo, *La prensa obrera en Chile 1900-1930*, 2ª ed., Santiago, Ariadna Ediciones, 2009.

<sup>54</sup> Ossandón, Carlos y Eduardo Santa Cruz, *Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna en Chile*, Santiago, Lom, 2001, pp. 34-44.

<sup>55</sup> Guajardo, Bernardino, *Romance sobre los Asuntos Parlamentarios discutidos en una sesión borrascosa de la Cámara de Diputados* [1886], Col. Am., III, 603.

<sup>56</sup> Sobre la importancia de los pliegos de peticiones como parte de la cultura política de los obreros del salitre, González Miranda, Sergio, “La pluma del barretero. La cultura obrera ilustrada en Tarapacá antes de la masacre de 1907. Una reflexión en torno a la figura de Osvaldo López Mellafe”, *Universum*, Talca, n° 23:1, 2008, pp. 70ss. El repertorio de acciones colectivas de los trabajadores organizados ha sido estudiado por Grez, Sergio, “Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)”, *Historia*, n° 33, Santiago, 2000, pp. 141-225.

público en pleno centro de Santiago<sup>57</sup>. Si de querer plantear un punto de vista a título personal se trataba, las puertas de La Moneda estaban abiertas a todos, al menos en teoría<sup>58</sup>.

Los contrapuntos y diálogos políticos con los presidentes deben ser entendidos como un correlato y un refuerzo de este tipo de estrategias. No como un reemplazo, porque era evidente que nunca un mandatario tomaría un pliego de poesía, ni era él quien “respondía” de verdad las pullas de los *populares*. Los destinatarios reales de estas composiciones eran las propias clases populares chilenas, que en el argumentar poético afinaban sus razones, daban forma a sus querellas<sup>59</sup>.

La reivindicación del uso público de la palabra popular llega al punto de suplantar a la persona del Presidente de la República. Es, claro está, siempre en el plano textual, pero no por ello menos significativo. La posición discursiva de los mandatarios se ve disminuida en los contrapuntos, primero, porque los *puetas* les “hacen decir” cosas a aquellos, arrogándose la voz del poder y desacralizando éste con los recursos carnavalescos del habla callejera<sup>60</sup>. Y luego, porque es común que los presidentes concedan la razón a sus interlocutores subalternos, aceptando sus consejos y adoptando sus puntos de vista. Por último, no es menor que, como forma poética reconocible, el contrapunto con

<sup>57</sup> Garcés, Mario, *Crisis social y motines populares en el 1900*, Santiago, Lom, 2003.

<sup>58</sup> Estas alternativas fueron narradas por los *puetas*: “En la estatua San Martín/ hubo una gran reunión/.../ directo al señor Montt/ presentaron este fin/ [d]e uno a otro confin/ hai en Chile mucha alarma/ nunca jamás habrá calma/ hasta que cese la ruina/ un meeting se determina/ en la misma plaza de Armas./.../ Como cuatro mil obreros/ a la moneda se fueron/ [y] en los discursos dijeron/ los gravámenes primero/ don Jorje mui placentero/ los disuelve en esperanzas”. Reyes, Adolfo, *Gran reunión de los obreros y despacheros en Santiago y Valparaíso*, Col. Am., I, 167. Sobre los motines urbanos: Villegas, Pedro, *Por no rebajar el chico y La quemazón de los carros*, Col. Am., II, 497; Peralta, Juan Bautista, *En favor de la industria nacional. El gran meeting del domingo*, Col. Lenz, 4, 10; Peralta, Juan Bautista, *Los graves sucesos de Valparaíso. Los enemigos del pueblo en peligro. El pueblo se hace justicia*, Col. A. A., 194.

<sup>59</sup> En ocasiones, esta situación discursiva es explícita. En *Contrapunto entre un obrero pobre i un rico millonario* [1895], aquel dice: “Compatriota, ciudadano./ Para ahora es el valor/ Con justísimo derecho/ Me declaro defensor”. Luego, el mismo personaje involucra y se identifica con los lectores mientras dialoga con su contrincante: “Pretenden los millonarios./ Les diré yo en mi entender./ Como dueños del poder/ Quitarnos nuestros salarios/ Fijense, pues, perdularios/ Que el pueblo es soberano;/ Ya verán su fin cercano/ Los de la infame impiedad;/ Reclamemos libertad/ Compatriota ciudadano”. Meneses, Daniel, Col. Am., I, 10.

<sup>60</sup> Salinas, Maximiliano, “Juan Rafael Allende, ‘El Pequén’, y los rasgos carnavalescos de la literatura popular chilena del siglo XIX”, *Historia*, Santiago, n° 37: 1, 2004, pp. 207-236. En el material analizado, véase El nuevo poeta Pacheco, *Contrapunto de los dos candidatos (Continuación)* [1901], Col. A. A., 338, y Casas Cordero, José Hipólito, *Reñido contrapunto de los dos candidatos* [1901], Col. A. A., 287.

el primer mandatario se conservó al menos hasta la década de 1930, cuando la literatura de cordel era ya una práctica cultural en retirada y la poesía política asumió otras vías de expresión<sup>61</sup>.

### *Las voces y las razones: ejes de la visión política popular*

La época dorada de la literatura de cordel chilena fue de tal magnitud, que es imposible circunscribirla a una sensibilidad política única. Si bien el conjunto de la producción poética responde a los intereses generales de las clases subordinadas, no forma un discurso homogéneo. Esto deriva, en parte, de la pluralidad de autores que compusieron e imprimieron sus versos. También, por el largo arco temporal que cubrió la Lira Popular, durante el cual se produjeron hechos sociales y políticos de gran alcance, que modificaron las posiciones de los sectores populares frente al Estado y la clase dirigente<sup>62</sup>.

Pueden apreciarse aquí grados diversos de conocimiento y apoyo a los partidos oligárquicos, evidenciando tanto el conocimiento plebeyo de la política contingente, como los contactos que la cultura popular mantenía con sujetos e ideologías que –en teoría– no le concernían. Desde una posición social más horizontal, muchos versos también dan cuenta de la creciente difusión de idearios radicales –socialistas y anarquistas, mayoritariamente–, al entrar en la última década del siglo XIX<sup>63</sup>. Y, asimismo, de los fuertes vínculos que algunos poetas populares mantuvieron con el Partido Democrático. Todas estas fuentes de sentido deben ser tenidas en cuenta al momento de analizar los versos políticos.

Una de las líneas argumentativas más notables de la Lira Popular se expresó en un lenguaje muy cercano al liberalismo. Chile no es la excepción en cuanto a la existencia de formas políticas que diversos historiadores han denominado liberalismo popular<sup>64</sup>. Los *puetas*, aun cuando no dan cuenta de una asimilación ni de un desarrollo mayor de aquella escuela, sí recogen algunos elementos. El más destacado fue el derecho a voto, entrevistado como una oportunidad real

<sup>61</sup> Antonio Acevedo Hernández recopiló unos versos de Francisco Díaz, llamados *Don Arturo Alessandri con la chusma al asumir el mando supremo* [1932]. Acevedo Hernández, 1933, op. cit., pp. 207-208.

<sup>62</sup> Sobre el conflicto de 1891, véase Navarrete, 1993, op. cit.

<sup>63</sup> Al respecto, Pinto, Julio, *Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)*, Santiago, Lom, 2007.

<sup>64</sup> Grez, Sergio, *De la 'regeneración del pueblo' a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, 2ª ed., Santiago, RIL, 2007, pp. 533-537. "Una discusión mayor". En Mallon, Florencia E., *Campesino y Nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, México, CIESAS-El Colegio de San Luis-COLMICH, 2003.

de entrar al juego político, aunque sus reglas no hubieran sido creadas por las clases trabajadoras<sup>65</sup>. Por este motivo, algunos versos llamaban a hacer efectiva la participación política en el momento de una justa electoral<sup>66</sup>.

Cuando los poetas hablaban a título personal, afloraban reivindicaciones en torno al ejercicio de los derechos ciudadanos. Esto tiene que ver, además, con las trayectorias personales de aquellos. Juan Bautista Peralta, cercano a algunas organizaciones obreras y más joven que otros colegas, desarrolló una conciencia cabal sobre la importancia del voto como arma política. Con motivo de la elección de candidatos del Partido Democrático al parlamento, Peralta se enorgulleció de los trabajadores que no habían seguido los designios de sus patrones, ni habían sucumbido al cohecho, deseando “Gloria i honra a los obreros/ Por su noble patriotismo/ Imitemos el civismo/ De esos buenos compañeros”<sup>67</sup>.

En el formato de contrapunto se encuentra esta preocupación en algunos textos de Daniel Meneses, aunque son diálogos en prosa, una innovación suya. En uno de ellos, el “rotito del norte” va a entrevistarse con Federico Errázuriz, recién electo presidente. Le exige apurar el tranco de su trabajo que debía beneficiar a los más pobres, exigencia que justifica diciendo que “el partido liberal democrático se está aprontando mucho, i si usted no ha hecho nada por el pueblo, el pueblo apoyará a la Alianza Liberal-Radical i usted se va a ver en amarillo[s] aprietos”<sup>68</sup>.

Tales palabras, como en otros textos de tono similar, muestran que el interés subalterno por el ejercicio electoral no fue necesariamente un asunto de principios doctrinarios. Más bien, se perfila una situación donde el derecho a voto era una herramienta usada estratégicamente, en beneficio del conjunto de los habitantes del país. Los *puetas* muestran que el sufragio era considerado un derecho ya ganado para el pueblo, pero que cuando éste apoyaba en las urnas a un candidato, lo hacía en forma condicional. La legitimidad política que así se manifestaba podía ser frágil, momentánea, dependiendo de la respuesta real de la autoridad elegida frente a las exigencias de los más pobres.

<sup>65</sup> Valenzuela, J. Samuel, “La ley electoral de 1890 y la democratización del régimen político chileno”, *Estudios Públicos*, n° 71, Santiago, 1998, pp. 265-296.

<sup>66</sup> “¡Todos a calificarse/ Como buenos ciudadanos!/ En elegir los poderes/ Es el pueblo el soberano”. Castillo, V[icente], *Proclama política*, Col. Am., III, 632. Véase también, entre otros, Araneda, Rosa, *Corred a las urnas. El día de las elecciones*, Col. Am., II, 314.

<sup>67</sup> Peralta, Juan Bautista, *Mis felicitaciones a la democracia de la república*, Col. A. A., 143.

<sup>68</sup> Meneses, Daniel, *Sigue el diálogo entre el rotito del norte con don Federico Errázuriz* [1896], Col. Lenz, 7, 13.



Complementariamente, los pliegos de poesía sacaron a la luz la complejidad de una estructura social discordante con los derechos amparados por la ley. Una cosa era emitir un sufragio en un sistema republicano como el que se intentaba sostener en Chile, pero otra distinta era que los electores pobres tuviesen una injerencia efectiva en la cosa pública. La poetisa Rosa Araneda expresó tal problema poniendo en boca de un asesor parlamentario del presidente Jorge Montt, la visión que los personeros de los partidos de la elite tenían al respecto<sup>69</sup>. Una idea similar se halla en un verso de Daniel Meneses, en este caso, vertida por Federico Errázuriz Echaurren, evidenciando el desprecio de la elite hacia las clases populares. Aun cuando éstas tenían derecho a votar –solo los varones, hay que recalcar–, los versos de Meneses muestran al mandatario descalificándolas moralmente, representadas en el contrapunto por “el huaso”. Dice “Don Federico”:

Hombre, me estás paleando  
 Con tu tono tan maldito:  
 Mui bien puedes lijerito  
 Irte de aquí retirando.  
 Si me sigues embromando,  
 Canalla, con tu alboroto,  
 Lueguito te pongo coto  
 Por torpe e impertinente;  
 Te lo digo francamente  
 Que el pueblo no tiene voto [...].

¿Qué sabes tú de política  
 Para que me hables golpeado?  
 Eres un puro asoleado  
 I de complexión raquítica [...].<sup>70</sup>

Pese a este tipo de muestras de un realismo político nada ingenuo, se mantuvo en la voz de los *puetas* la idea de que el pueblo era el verdadero depositario de la legitimidad que investía a las autoridades. Un contrapunto post-electoral entre Germán Riesco y Pedro Montt discurre respecto a la superioridad de la voluntad popular sobre los recursos financieros de los pretendientes a La Moneda. Montt

<sup>69</sup> “El pobre no tiene voto/ Para atacar nuestras leyes,/ Nosotros somos los reyes/ Que [do]minamos al roto/ Forman un gran alboroto/ Perdiéndonos el respeto,/ Enojados por completo/.../ En contra de los chilenos/ Yo soi quien firma el decreto”. Araneda, Rosa, *Contesta el representante del congreso*, Col. Am., II, 294.

<sup>70</sup> Meneses, Daniel, *Contrapunto político entre un huaso i don Federico Errázuriz* [1897], Col. Lenz, 7, 53.

se queja: “Si yo prendi la silla/ I gasté mucho dinero,/ Fue porque me pensé/ Que el pueblo fuera sincero”, mientras responde Riesco: “Fue tu pretencion adversa/ Porque el pueblo así lo manda,/ Que despues del dieziocho/ Tendré que lucir la banda”<sup>71</sup>.

De aquí se deriva otra línea argumentativa de gran importancia en estos diálogos. La noción del sufragio condicionado y la legitimidad en suspenso del mandatario, implicaba un pacto entre pueblo y gobernantes. Existe en todas las agrupaciones humanas un “contrato social implícito” que permite la vida en común y corresponde a “un conjunto de límites sobre lo que pueden hacer tanto quienes ponen las reglas como quienes las obedecen”, pero es al mismo tiempo “un conjunto de obligaciones mutuas” que une a los grupos dominantes y los subordinados<sup>72</sup>. Dicho contrato se construye históricamente y sus límites de referencia son objeto de una negociación continua<sup>73</sup>. Cuando la autoridad infringe ese contrato provoca un agravio moral procesado como un sentimiento de injusticia, algo que se vuelve patente en el accionar de un dirigente incapaz<sup>74</sup>. Ello explica la insistencia con que “rotitos”, huasos y los mismos *puetas* exigieran en los contrapuntos rendiciones de cuentas a los presidentes. En cuanto respecta a Jorge Montt, su posición era aún más precaria, por la forma en que había accedido a la primera magistratura<sup>75</sup>.

Los agravios surgían al violarse principios articuladores de la vida en común, “una visión tradicional consecuente de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad”<sup>76</sup>. La “economía moral” de las clases populares chilenas de fines del siglo XIX, estampada en los pliegos de poesía, expresó un conjunto de ideas y sentimientos que era necesario poner en circulación en tanto aglutinaban un sentir compartido

<sup>71</sup> González, Juan Ramón, *Reñido contrapunto (Entre un blanco i un NEGRO)* [1901], Col. A. A., 236. El tema del dinero en las justas electorales fue sensible. En otro contrapunto, Riesco reprocha a su rival: “Yo sé que te ofrecen plata/ los caballeros remotos/ para que comprís los votos/ por si tu partido empata”. Casas Cordero, José Hipólito, *Reñido contrapunto de los dos candidatos* [1901], Col. A. A., 287.

<sup>72</sup> Moore, Barrington, *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México D.F., Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, 2007, p. 30.

<sup>73</sup> *Ibidem*, pp. 30-31.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 35. Ver asimismo, Falcón, Romana, “Un diálogo entre teorías, historias y archivos”, *Historia desde los márgenes. Senderos hacia el pasado de la sociedad mexicana*, México D. F., El Colegio de México, Serie Antologías, 2011, p. 321.

<sup>75</sup> “¡Pueblo mal agradecido/ me dice a mi el CAPITAN!/ ¿recuerdas que con mi afán/ a la cumbre habeis subido?”, El Niño Inspirante [seud.], “Contra-punto del pueblo con S. E. el Presidente de la República don Jorje Montt”, Col. Am., III, 637.

<sup>76</sup> Thompson, 2002, op. cit., p. 366.

por muchos. Un fondo de experiencias comunes llevaba a que los más pobres de las ciudades, receptores preferentes de los versos, se reconocieran en esa madeja de hilos poéticos que manifestaban “concepciones de justicia social, de derechos y obligaciones”, y de aquello sentido como explotación<sup>77</sup>.

Ciertos pliegos de poesía amalgamaron elementos racional-ilustrados con nociones de un ordenamiento político y social más genéricos, donde el pueblo era considerado sujeto de derechos por los cuales debía velar el gobernante. Esto queda claro en numerosos versos dirigidos al mismo Jorge Montt, a quien se responsabilizó por la crisis económica y sus desastrosos efectos sobre las familias más pobres<sup>78</sup>. Echando mano de la tradición, los *puetas* representaron el sentir plebeyo de fines del siglo XIX como peticiones y exigencias efectuadas por los súbditos a un monarca protector, actualizando una relación paternalista de antigua data en la figura de los mandatarios<sup>79</sup>.

El enojo que vociferaban las hojas de poesía era mayor cuando se comparaba la situación actual con años pasados. Las glorias guerreras, los programas de obras públicas y el auge económico vivido durante los primeros años de explotación salitrera fueron experimentados como un período de bonanza que alcanzó incluso a los pobres. El contraste con la década de 1890 provocaba añoranzas por el extinto Balmaceda, a quien aquellos identificaron retroactivamente como quien propició una mejora en sus condiciones de vida<sup>80</sup>. Un contrapunto del poeta Adolfo Reyes puso a dialogar a Jorge Montt con Balmaceda, quien asumió la misma posición de los menos favorecidos. “Don José Manuel” pidió cuentas a su sucesor en La Moneda en los siguientes términos:

Dime ahora que motivo  
hai para esta carestia  
la jente de noche i dia

<sup>77</sup> Scott, James C., *The moral economy of the peasant. Rebellion and subsistence in Southeast Asia*, New Heaven, Yale University Press, 1977, pp. VII y 3.

<sup>78</sup> Entre otros, Reyes, Adolfo, *La angustiosa situacion de Chile – Baja del cambio i otras plagas*, Col. Am., I, 180. Véase también, Navarrete, 1993, op. cit.

<sup>79</sup> Elemento que se prolongó bien entrado el siglo XX: “Nada de cuentos e historias/ Con don Pedro Aguirre Cerda/ Abanderado de izquierdas/ Que tendrán brillante historia/ El tiene buena memoria/ Cumple con lo que promete/ Dice: cueste lo que cueste/ Por encima de enemigos/ Entre pan, techo y abrigo/ Daré al pueblo prontamente”. Brito, Abraham, *Su Excelencia sigue su viaje por las regiones del sur* [1939], Col. Lenz, 1, 4.

<sup>80</sup> “Encontramos mui distinto/ El reglamento del dia/ Ni cuando Santa María/ Méenos cuando Aníbal Pinto/ Balmaceda en su recinto/ Nos dió buena ilustracion./ Plata corrió por millon/ Pero se fué de ese averno/ Ahora a nuestro Gobierno/ Damos quejas con razon”. Anónimo, *Quejas de los obreros*, Col. Am., III, 725.

lo pasa como descrito  
 con un tormento exesivo  
 andan los pobres obreros  
 ¿díme porqué placenteros  
 los ministros no hacen caso?  
 ¿Díme porqué tan escaso  
 se halla el trabajo, primero?<sup>81</sup>

Los *puetas* llegaron a impostar no solo la voz de los mandatarios, sino también las prerrogativas de su posición de poder como emisores de un discurso. En más de una ocasión, los versos de la Lira hicieron decir al presidente aquello que nunca diría en la realidad. Discursos inaugurales de un mandato, o mensajes anuales ante el congreso, fueron trocados en una expresión de los deseos de las clases populares<sup>82</sup>.

Durante las décadas finales del siglo XIX y los inicios del XX se repitió, con diversas modulaciones, la certeza de que el inquilino de La Moneda era el principal responsable del bienestar de la población. Por tal motivo, la opinión que daban a la imprenta los *puetas* fue clara en señalar que si las clases subordinadas estaban dispuestas a participar del sistema político por medio de las votaciones, ello implicaba una retribución. Esta no correspondía a prebendas para los electores del candidato ganador, sino más bien la esperanza de que éste, una vez en el poder, respondería ante todos los chilenos<sup>83</sup>.

<sup>81</sup> Reyes, Adolfo, *Contra-punto de D. Jorje Montt con don José Manuel Balmaceda*, Col. Am., I, 167. En la continuación del diálogo, en otro pliego, Balmaceda sintetizó su período presidencial: “El orden siempre reinaba/ La plata mucho abundaba/ Porque quise que corriera/ I a toda la clase obrera/ El trabajo le sobraba”. Reyes, Adolfo, *Contrapunto entre don Jorje Montt y don José Manuel Balmaceda*, Col. Am., I, 180.

<sup>82</sup> “Pues señores congresales/ con vuestra cooperación/ yo sacaré a la Nacion/ de este conjunto de males,/ habrá lluvias torrenciales,/ el cambio se hará a la par,/ jamas se podrá turbar/ el orden en el pais,/ con la Arjentina un feliz/ tratado se hará firmar./ Se acabará la viruela/ se hará el sitio levantar/ i a ninguno ha de faltar/ con que hacer una cazuela”, Rolak [seud.], *Mensaje del Presidente de la República - 1° de junio de 1893*, Col. Am., I, 266. También Peralta, Juan Bautista, *Programa del señor Riesco*, Col. A. A., 161.

<sup>83</sup> “Voì a principiar primero/ Por el gobierno de la nación/ Hablandole pues bien claro/ Cual es su santa misión/.../ Debe atender a su pueblo/ I sobre todo a los pobres/ Que solo viven de sueldo./.../Otro cuidado importante/ Que tambien es del gobierno/ Es evitar monopolios/ O peculios del infierno”, Carvajal, C., *Romance en favor del pueblo sobre la carestía de la carne y en jeneral todo artículo de alimentacion diaria. Deberes del gobierno* [1905], Col. A. A., 325. Véase también, Jerez, Javier, *Triunfo de don F. Errázuriz* [1896], Col. Am., III, 525 y Flores, Margarita, *Viva don Federico Errázuriz con su completo triunfo* [1896], Col. Am., III, 669.

De modo parecido, algunos versos que contactaban al pueblo chileno con el Jefe de Estado hacían notar que las riquezas del país pertenecían a todos sus habitantes. La protección dada por los gobiernos de la época –y los posteriores– al capital extranjero y la oligarquía, que incrementó exponencialmente su patrimonio, iba en relación inversa con la desprotección de trabajadores y trabajadoras<sup>84</sup>. El reclamo de justicia social, con acento clasista, hacía intervenir al presidente como mediador que inclinase el fiel de la balanza. En la imaginación popular, obviamente, se esperaba que la intervención presidencial favoreciera a las mayorías:

*El rotito*

Diga franco don Jerman  
Que es lo que tiene pensado,  
Que la vaca del Estado  
Ya comiéndosela van,  
Todas las Arcas están  
Menoscabando el dinero,  
Por esta causa el obrero  
Le pone ciento un apodo,  
I es el causante de todo  
El oligarca banquero.

*Don Jerman*

Amigo pondré cuidado  
En lo que usted me aconseja,  
Porque pensando me deja  
En lo que me ha conversado,  
Por primero al hacendado  
Le pegaré el apretón,  
En seguidas al mamón  
Que mama a moco tendido,  
Le diré huye atrevido  
Déjame en paz la nación.

*El rotito*

Barra con la oligarquía  
Que son los más usureros,  
Ellos cambian por dineros

<sup>84</sup> Daniel Meneses, *Diálogo entre don Jermán Riesco i el rotito del norte tocante a los dueños de salitreras de Tarapacá*, Col. A. A., 42.

Su pésima mercadería,  
 Después a la clerecía  
 Déle a ver si se revienta,  
 Si un rico a usted se presenta  
 A hacerle algún nuevo arreglo  
 No haga por si se alza el pueblo,  
 I le puede pedir cuenta.

*Don Jerman*

Si el pueblo cuenta me toma  
 Tal como me diga usted,  
 Esa acta se la daré  
 Como humilde paloma,  
 Antes que el rico la aroma  
 Tome por su regalía,  
 Si con los de sacristía  
 Me declarasen la guerra,  
 Primero echaré por tierra  
 A toda la burguesía [...].”<sup>85</sup>

Hay dos observaciones que hacer sobre este particular. Primero, en lo relativo a la economía: las medidas que afectaban el sustento de las familias, como el fomento de la inmigración de trabajadores extranjeros o la desprotección de la industria local, eran fuertemente resentidas por los chilenos pobres<sup>86</sup>. Es más, los reclamos al mandatario se levantaban en virtud del hecho de ser nacidos en suelo patrio. Todos los chilenos y chilenas, en la visión de los *puetas*, debían ser cobijados por la tierra que los había visto crecer<sup>87</sup>. A este respecto, el primer magistrado era tenido como un protector: “Al fin padre nacional/ Atiéndonos con empeño/ Usted como propio dueño/ Ponga trabajo fiscal./ Mejórenos el jornal”<sup>88</sup>. Afloró así un modo diferente de comprender el fundamento básico de la humanidad, relacionado con esa esperanza de una vida mejor para todos. Ella engarza con un fondo cultural que se expresó en otras manifestaciones orales

<sup>85</sup> Meneses, Daniel, *Célebre contrapunto entre don Jermán Riesco con el rotito del norte*, Col. A. A., 57.

<sup>86</sup> Y entroncaban con una de las banderas de lucha de las primeras organizaciones de trabajadores. Véase Pinto, Julio, 2007, op. cit. y DeShazo, Peter, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2007, pp. 82-83.

<sup>87</sup> “¿Sera digno de alabanza/ Nuestro presidente actual/ Con traer tanto animal/ A Chile a llenar la panza?/ La miseria nos alcanza/ Hoi con gran propagación”. Villegas, Pedro, *¿A dónde iremos?*, Col. Am., II, 495.

<sup>88</sup> Anónimo, *Quejas de los obreros*, Col. Am., III, 725.

y escritas (cuentos, adivinanzas, canciones), complemento de los versos de la Lira Popular, mientras que ésta fue convirtiéndose en una suerte de artefacto cultural híbrido, tensionado por la modernidad de su soporte y lo tradicional de su escrituración.

La segunda observación atañe a lo que efectivamente sucedió y al modo en que fue procesado por la poesía popular del 1900. Sabido es que la clase política ignoró de forma sistemática las razones plebeyas y eventualmente las respondió con plomo. Esto produjo frustración en algunos sectores de las clases trabajadoras, que vieron cómo su aporte económico al país y su involucramiento en la promoción de ciertos candidatos a La Moneda no encontraban eco<sup>89</sup>. Por si fuera poco, a la exclusión y la ruina de los más pobres correspondió un acaparamiento político y económico de la oligarquía. Fueron años de una *belle époque* cínica, fraguada de ostentación y derroche<sup>90</sup>.

Al constatar aquello, en los pliegos poéticos se impugnó a las autoridades y, con tanta o mayor fuerza, a los sectores sociales que eran su soporte y principales beneficiarios. Lejos estaba la exhibición pública de la grandeza del país como un todo —o incluso de sus capas dirigentes—, de los años inmediatos a la Guerra del Pacífico. El conflicto fratricida de 1891, aunado al distanciamiento creciente entre la oligarquía y los sectores populares fue procesado como un quiebre, un rechazo que no permitía a estos identificarse con aquella, sino repelerla<sup>91</sup>. Mientras unos apenas tenían qué comer, “los hombres de gaban/ Nacidos de buen linaje/ Se pasean en carruaje”, cuestión que llevaba a los obreros a increpar al presidente: “No proteje a nuestro Chile/ Siendo usted gran personaje”<sup>92</sup>. Riesco Errázuriz sufrió igual reprimenda: “Por qué señor don Jerman/ Ud. se ha puesto tan lele/.../ Sus ojos no lo verán/ De que lo amen los obreros,/ Siendo de que a los banqueros/ Los protege usted señor”<sup>93</sup>.

Hubo, por último, otro recurso puesto en juego por los pliegos de poesía a la hora de encarar la autoridad presidencial. La heterogeneidad discursiva es una de las características de la Lira Popular. Los argumentos que sobre un mismo asunto pudieron escribir distintos *puetas*, si bien exhiben un fondo cultural

<sup>89</sup> González Miranda, 2008, op. cit., p. 74.

<sup>90</sup> Barros, Luis y Ximena Vergara, *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Santiago, Ediciones Aconcagua, 1978.

<sup>91</sup> Sobre esta idea, Moore, 2007, op. cit. 52.

<sup>92</sup> Araneda, Rosa, *Reclamo de los obreros i gañanes i del centro comercial al presidente para que haga subir el cambio*, Col. Lenz, 5, 2.

<sup>93</sup> Sin autor, *Contrapunto entre un trabajador de las salitreras del norte y D. Jerman Riesco*, Col. A. A., 350.

común, expresan asimismo a un cambiante mundo popular. Sus miembros reaccionaron de modo diverso y recurriendo a múltiples herramientas frente a la realidad que les tocó vivir. Si una concepción paternalista de la autoridad presidencial inducía a buscar protección en los mandatarios, el cuestionamiento de los términos de esa relación, al ver defraudadas las expectativas políticas, hacía buscar un fundamento último del orden social. “Mis compatriotas chilenos”, inquirió el poeta Cordero, “¿Qué os parece el Presidente?/ Ya nos quiere despedir/ Por hospedar a otra jente”; si “El padre de estas banderas/ Ya nos quiere despedir”, la solución que propuso fue: “Clamemos al Padre Eterno,/ Que nos mire con justicia”<sup>94</sup>.

Toda una veta de significados se abre con la invocación de poderes supraterrrenales. Varios oficiantes en el arte de versificar invocaban las fuerzas divinas como unas legisladoras celestes superiores, que propiciarían orden y armonía general en la tierra. Pepa Aravena, al comentar la elección presidencial de Federico Errázuriz, vio una serie de designios sobre este “caballero elegido/ a quien mandó el Salvador”, ya que a todo aquel “de corazón humano/ le hizo el cielo este favor”<sup>95</sup>. El Ñato Quillotano, en tanto, viendo que “Nuestro bendito Gobierno/ Hoi nos mira sin piedad”, invocó directamente al cielo ante la insoportable situación en que se debatía el país: “¡Dios mio! por que razón/ Permites que en lo presente/ Perezca toda la jente/ En la mayor aflicción”<sup>96</sup>. Para Bernardino Guajardo, en tanto, el pacto entre gobernante y gobernados tenía un aval de alcance más vasto, ultraterreno. Incluso un impío, como Balmaceda, según ño Bernardino, actuaría “amando al Omnipotente/ Dios de infinito poder,/ Que por él llegaba a ser/ Proclamado presidente”<sup>97</sup>.

### *La fuerza de las voces impresas*

Las hojas sueltas de poesía no pretendieron dar forma a un discurso unitario, fundado en una razón iluminista, como sí lo hizo la contemporánea prensa obrera chilena. Al contrario, los *populares* eran autores de la contingencia, su escritura reaccionaba frente a la realidad, más que intentar abstraer de ella

<sup>94</sup> Cordero, José Hipólito, *La influenza*, Col. Am., II, 353.

<sup>95</sup> La composición culmina con una imagen igualmente cargada de significado religioso, cuando indica que Errázuriz, “voló desde la alameda/ y se elevó a la moneda/ le hizo el cielo ese favor”. Pepa Aravena [seud.], *Canción a don Federico Errázuriz*, Col. Am., II, 476.

<sup>96</sup> El Ñato Quillotano [seud.], *La triste situación de Chile*, Col. Am., III, 608.

<sup>97</sup> El corolario del pensamiento del vate era “Que al hombre podrá engañarse/ Méno al divino Autor”. *Ibidem*.



una serie de principios que fundaran un pensamiento sistemático. Además, suscribían posiciones políticas diversas, de lo cual hay muchas evidencias en sus textos. Subsiste, pese a todo, cierta forma de comprender las relaciones con el poder, presentes en la Lira Popular, que ilumina sobre un factor común de las reivindicaciones lanzadas a la autoridad desde las distintas trincheras en que se posicionaban los grupos subordinados chilenos durante el cambio de siglo.

Los versos dejan ver que hay una confluencia de dos matrices de significado, al momento de expresar agravios frente a los mandatarios. Por una parte, la preocupación por el aspecto material de la vida, relativa a una “ética de la subsistencia”<sup>98</sup>. El constante reclamo por la baja del cambio y el encarecimiento de las mercaderías, así como por la escasez de empleo y las dificultades para ganarse el sustento, responden a aquello. Se debe considerar que éste se moldeó de manera inextricable con otro, que refiere percepciones que los grupos populares tenían de sí mismos y de la realidad social del país.

Los agravios que rotitos y huasos comunicaban a los mandatarios cuando dialogaban con ellos en los contrapuntos muestran que se había vulnerado sus derechos. Estos incumbían a la subsistencia material, pero iban más allá; comprendían un alto interés porque se verificaran los derechos ciudadanos —anclados en el ejercicio del voto—, aunque dando a entender que estos tampoco eran suficientes. El saberse poseedores de dicha prerrogativa hacía que los grupos populares depositasen cierta confianza en el sistema. La racionalidad específica que guía el discurso político de la Lira Popular impugnaba al poder, en tanto su más eminente personero no cumplía la función para la cual había sido elegido y, en consecuencia, violaba el contrato social entre el pueblo y sus dirigentes.

Ahora bien, de acuerdo a varias de las composiciones poéticas, tampoco la candidez fue habitual en la interpretación subalterna del ejercicio político. El escepticismo respecto de la institucionalidad republicana dejaba en claro que ésta sustentaba una dominación de clase. Pese a ello, los grupos populares participaron cada vez más activamente en la escena política, en una movilización que articulaba anhelos de acceso a una mejor vida. La figura del presidente de la República y la persona concreta que ejercía el cargo, era quien debía responder porque esos anhelos fueran posibles. De aquí la insistencia en que velara por el cumplimiento de las leyes y que los patrones no se sustrajeran a ello. Derivado de ello, asimismo, el encono contra la elite y el propio mandatario por medrar sin disimulo de una riqueza generada por las riquezas del territorio chileno y el trabajo de sus habitantes.

<sup>98</sup> Scott, 1977, op. cit.

Hay que recalcar, por otra parte, el fundamento último de los contrapuntos y otros versos políticos, que apunta a la constitución de una racionalidad a veces autónoma del ejercicio de la ciudadanía. Dando un paso más allá de la sola subsistencia, los *puetas* cantaron el sueño colectivo de la posibilidad de una vida plena. En ella, el acceso al poder se aleja de los discursos que más prominencia tuvieron a fines del siglo XIX, para entroncar con tropos literarios de más larga data, actualizados por la transmisión oral. El contrapunto con la autoridad presidencial, a veces áspero y otras fluido, mezcla de deferencia y oposición, enfrentamiento y consejo, tuvo una particular resolución dialéctica. En voz de uno de los exponentes más prolíficos de la Lira Popular: “Si yo fuera Presidente/ Ya no habria mas pobreza,/ Todo seria riqueza/ En este gran continente”<sup>99</sup>.

Menos ideologizada que la prensa obrera, más política que los periódicos destinados a los sectores populares hechos “desde arriba”, la Lira Popular encontró un nicho discursivo en el cada vez más disputado espacio público comunicacional del fin de siglo chileno. Su larga presencia entre las prácticas culturales de las clases subordinadas, la buena acogida y eventual éxito comercial de algunos poetas, así como la pervivencia de ciertas composiciones en la memoria oral, indican que se trató de un fenómeno con raíces profundas.

<sup>99</sup> Juan Bautista Peralta, *Transformación de Santiago por la ciudad deleitosa* [1901], Col. Am., II, 394. Otras composiciones en que se encuentra el mismo motivo poético pueden cotejarse en Adolfo Reyes, *Deceo del poeta Adolfo Reyes*, Col. Am., I, 153; José Arroyo, *Cantares*, Col. Am., II, 459 (“Cuando yo sea ministro/ ni pobre ni rico habrá/ i por el río Mapocho/ solo chicha correrá”).